

EL CARÁCTER DE LA CIVILIZACIÓN NORTEAMERICANA

Por el Dr. STEPHEN DUGGAN

La cultura de los Estados Unidos durante la época colonial no fué sino una extensión de la inglesa, estando basada en la distinción de las clases sociales. Después de la Revolución de la Independencia, se desenvolvió una lucha entre los elementos aristocráticos y capitalistas, encabezados por Alexander Hamilton, y las fuerzas demócratas y agrarias acaudilladas por Tomás Jefferson. La lucha culminó en la victoria de las fuerzas demócratas al ser electo presidente Andrés Jackson en mil ochocientos veintinueve. Su elección obedeció a la influencia del Oeste sobre el Este, teniendo como efecto la abolición de casi todas las restricciones legales fundadas en el abolengo, en la riqueza o en las creencias religiosas. La cesación de la guerra de mil ochocientos doce marca la conclusión de la primera etapa de nuestra historia nacional. Hasta aquella época la región que yace al Este de los Montes Apalaches y que mira hacia Europa dominaba nuestro destino. Desde entonces nuestro pueblo volvió la cara hacia el Poniente, dedicándose a roturar y colonizar el imperio que se extendía ante los ojos y a desarrollar sus recursos naturales. Cuanto tiempo y energía sobraban de estas empresas hubieron de emplearse en tratar de resolver problemas tan difíciles como el de la esclavitud y el de la absorción de los millones de inmigrantes que entraban en el país. Quedaba poca energía y poco deseo de ocuparse de los grandes sucesos de Europa. Si bien nuestro país nunca ha estado aislado del resto del mundo, es el caso que desde la guerra de mil ochocientos doce hasta la guerra Hispanoamericana de mil ochocientos noventa y ocho, nuestro pueblo se ocupó especialmente de los problemas domésticos que resultaron de la colonización de la enorme comarca comprendida entre los Montes Apalaches y el Océano Pacífico.

Hasta la Guerra Civil, nuestra cultura era esencialmente agraria. La revolución industrial, contemporánea de nuestra Guerra de Independencia, ejerció cierta influencia en Nueva Inglaterra en el desarrollo de las industrias, pero el elemento agrícola de nuestra población era tan numeroso que determinó la política del gobierno. Las necesidades del Gobierno Federal para cubrir los gastos de la Guerra Civil le hicieron decretar una arancel proteccionista con el fin de recabar rentas, y a merced de éste, surgió un gran número de establecimientos fabriles. Después de la Guerra Civil continuaron los aranceles proteccionistas a fin de mantener estas industrias, so pretexto de que no podíamos competir con los bajos jornales de Europa. Con el tiempo los establecimientos fabriles se fusionaron, formando grandes empresas y monopolios que se dedicaban a la minería y a la fabricación en una escala enorme sin vacilar en importar trabajadores de bajo jornal, contra los cuales nuestro alto arancel de aduanas había de proteger al elemento trabajador. Al terminar el siglo diecinueve los intereses fabriles habían suplantado a los agrarios en la dirección de la política del gobierno y el antiguo regionalismo del Sur contra el Norte había sido reemplazado por otro nuevo, si bien menos enconado del Oeste contra el Este. La influencia de las grandes empresas comerciales en todos los aspectos de nuestra vida y, especialmente, los de nuestra vida política llegó a ser tan pronunciada y escandalosa que motivó el movimiento progresista, acaudillado por Roosevelt dentro del partido Republicano y por Wilson dentro del Demócrata, el cual tuvo por resultado la represión de las manifestaciones más escandalosas y extrajurídicas de dicha influencia. El movimiento progresista se detuvo con nuestra participación en la Guerra Mundial y fué seguido por otro de extremado conservatismo.

Si bien la Guerra demostró una admirable unidad de esfuerzo en nuestra nación, nos dió a conocer también serios defectos de nuestro sistema social, especialmente que nuestro pueblo no estaba aún integrado. El éxodo de los negros del Sur hacia el Norte, con el fin de llenar las vacantes causadas por nuestra juventud que había sido reclutada para el ejército, nos revelaron que los prejuicios raciales no se limitaban únicamente a una región del país. Los grandes grupos de inmigrantes de nuestra po-

blación formaron afiliaciones nacionalistas, tratando de influenciar la política del gobierno en favor de sus antiguas patrias. Surgió, pues, entre muchos norteamericanos nativos el temor de que peligraban nuestras instituciones y se exigieron no solamente restricciones sobre nuestra inmigración, sino también la americanización de los extranjeros que se hallaban en nuestro territorio. Excelente fué el propósito del programa de nacionalización, mas los métodos que se emplearon para realizarlo eran a menudo toscos, si no inútiles, y se aplicaron en un espíritu de intolerancia que estaban del todo en pugna con nuestra actitud anterior. Los llamados ciento por ciento norteamericanos exigieron restricciones en la inmigración, siendo tal proyecto apoyado por los sindicatos de obreros que temían la competencia de los inmigrantes de naciones donde rige un bajo nivel de vida.

La Ley de Inmigración de mil novecientos veinticuatro, a que dió origen esta agitación, impuso severas restricciones sobre la inmigración; pero esto coincidió después de la Guerra con un nuevo impulso en la actividad industrial y la falta de obreros hizo necesario que se adaptaran invenciones para ahorrar trabajo, lo cual redundó en una producción en gran escala, tanto de máquinas como de artículos normalizados. El enorme mercado interior, compuesto de gente bien pagada, pudo absorber la mayor parte de esta producción y nos era dable vender el sobrante en el extranjero, debido en gran parte a la baratura de nuestros artículos, resultado de la producción en gran escala, y a nuestra superioridad en nuevas industrias, tales como la del automóvil y la del cine. La prosperidad resultante trajo una era de especulación sin igual en nuestra historia. Sólo había que escuchar al limpiabotas, al barbero o al mozo del ascensor discutir volublemente sus inversiones en Wall Street para darse cuenta de esto. En años recientes, el pueblo norteamericano ha ilustrado el aforismo del evangelio que: "donde está tu tesoro, allí estará tu corazón". Nuestro tesoro estribaba en ganar dinero y nuestro corazón se hallaba allí. Y el resultado fué lo que acompaña inevitablemente a los ideales falsos y bajos, una destructora bancarota.

La válvula de seguridad para la falta de trabajo que existía antes, es decir, las tierras baldías en los confines de la par-

te civilizada del país, a los que podían acudir los desocupados desapareció al terminar el siglo diecinueve. El censo de mil novecientos treinta demuestra definitivamente que nuestra civilización es industrial y que la población agrícola va en descenso. En la actualidad nos acercamos a la condición de los países de la Europa Occidental. Tenemos un proletariado creciente, es decir, un elemento que depende enteramente de su trabajo para vivir y en el cual la falta de empleo significa grandes penalidades. Sin embargo, hemos hecho frente a los nuevos problemas que han surgido en años recientes, tratando de resolverlos. La depresión económica actual poco tiene que enseñarnos que no hubiéramos podido aprender de la depresión de mil novecientos veintiuno y veintidós. Por ejemplo, el gran problema de la falta de empleo en general, la falta de empleo temporal, la ociosidad de la gente de edad madura, la previsión para la ancianidad no empleable, todos éstos han sido del todo descuidados. Hemos racionalizado nuestras industrias a tal grado que los desocupados de hoy consisten, no solamente en inexpertos, sino en trabajadores técnicos. La producción en gran escala requiere consumo en gran escala, pero nuestras máquinas producen más artículos de los que pueden consumirse.

Precisamente cuando se nos señalaba este hecho dictamos un arancel de aduanas que no sólo causó gran resentimiento entre las naciones extranjeras, sino que contribuyó en gran parte a reducir nuestro comercio de exportación. Efectivamente, la prosperidad del decenio pasado nos ha cegado hasta el punto de no comprender la necesidad de una cultura de conformidad con un plan general. Nuestra cultura está caracterizada por la falta de dirección en el terreno político y económico y porque no hemos apreciado la necesidad de la evolución consciente en sustitución de la natural. Si las penalidades de la falta de empleo, y el paro, el desempleo, consecuencia de la actual crisis económica, nos han hecho comprender la necesidad de afrontar los problemas sociales de la nueva era industrial, tratando de resolverlos, algún bien por costoso que sea, se habrá conseguido.

La experiencia de nuestro pueblo a través de toda su historia ha hecho recalcar el individualismo. La actitud del comercio de los norteamericanos hacia la intervención del estado pue

todavía resumirse en la frase de Jefferson que: "el gobierno que menos gobierna es el mejor". El crecimiento de los Estados Unidos en casi todos los campos de la actividad se ha debido principalmente a la iniciativa y al esfuerzo de individuos independientes y no a la dirección ni al fomento del estado. De esto ha resultado una actitud hostil de parte del capitalista hacia cualquiera reglamentación gubernativa, aún en los casos en que la dirección ilimitada de éste origina notorios abusos. Y no ha existido en los Estados Unidos oposición a esta actitud por parte de los trabajadores que pueda compararse con la que ha existido en Europa. Indudablemente, desde el punto de vista del jornal efectivo es decir, si tenemos en cuenta lo que puede adquirirse con su jornal, el trabajador de los Estados Unidos se hallaba en situación más favorable que el de cualquier otro país. Hasta el principio de la Guerra Mundial la oportunidad de elevarse en la escala social se hallaba muy difundida. Ningún obrero pensaba que su hijo siguiera su oficio, como ocurría con los trabajadores europeos. Por el contrario, esperaba que su hijo mejorara su posición, que siguiera la vocación de la clase media, aún más, que llegara a ser él mismo capitalista, si era posible, aunque en escala reducida. He aquí por qué el socialismo ha progresado muy poco en los Estados Unidos y el comunismo no ha progresado casi nada. El obrero americano ha observado la norma de apoyar a aquel de los dos grandes partidos cuya actitud hacia el trabajador sea la más benévola. La Guerra Mundial dió al obrero la gran oportunidad de realizar algunos de sus anhelos, tales como el trato colectivo, la jornada de ocho horas y el aumento de los sueldos. Los más reaccionarios de los patronos han tratado de volver al estado de guerra industrial que existía antes de la Guerra Mundial, mas, en general la tendencia ha sido en sentido opuesto, es decir, hacia la colaboración entre capitalistas y trabajadores por redundar esto en el mayor beneficio de los dos. Esta actitud, por lo regular, ha continuado no obstante la tensión de la depresión económica actual y es de esperarse que las reformas sociales que hasta ahora se han postergado, en el sentido del seguro contra la desocupación, la vejez y las enfermedades se efectuarán en un futuro no lejano. La crisis actual ha creado una profunda impresión en la opinión y en la conciencia públicas. Y con

toda probabilidad, no sólo se ensanchará la intervención y la reglamentación del estado, sino que la conciencia pública se dirigirá cada vez más al estado para que éste dicte medidas legislativas enderezadas hacia una distribución más equitativa de los productos de la industria.

Si se ha demorado la realización de reformas sociales deseadas, obedece esto en parte a la organización gubernativa prescrita en la Constitución, que tanta dificultad tienen los extranjeros en comprender, y en parte, al conservatismo político que caracteriza nuestro país.

Al adoptarse la Constitución de mil setecientos ochenta y nueve, los estados naturalmente insistían en que el nuevo gobierno central que establecían no tuviese la facultad de intervenir en sus asuntos locales. Tal intervención se había visto con recelo en la época colonial cuando la ejercía de lejos el gobierno Inglés. Así, pues, la Constitución dispuso que el gobierno federal fuese de facultades taxativamente definidas y delegadas respecto a asuntos de importancia para la unión en general, dejando el acervo de las funciones y actividades gubernativas bajo la dirección de los estados. Fué ésta una admirable división de facultades para aquella sencilla economía agraria y, por regla general, ha funcionado bien desde entonces. Sin embargo, algunas de las facultades gubernativas que conservaron los estados, por ejemplo, la dirección de la industria, han llegado a ser de importancia nacional por motivos de las invenciones mecánicas. El elemento conservador de la Convención Constitucional de mil setecientos ochenta y siete logró que se adoptaran disposiciones, mediante las cuales un ramo del gobierno sirve de contrapeso a otro, así como una cláusula para reformar la Constitución, cuyo efecto es que las enmiendas constitucionales estén sujetas a un procedimiento largo y difícil. Como la opinión política del país es por lo general conservadora, y como los instrumentos para influenciar la opinión pública, por ejemplo la prensa, están en gran parte en poder de intereses conservadores, los cambios en el pensamiento político, económico y social han sido lentos. Esto ha obedecido en cierto grado también a que los intelectuales han tenido pocos votos en nuestro Congreso y han influenciado poco nuestros asuntos políticos. Nuestro Congreso es un grupo asáz representativo

de nuestra vida nacional, en la cual el hombre práctico de negocios, más bien que el de ideas, es aún el influyente. El es quien elige abogados y hombres de negocios al Congreso, quienes, por educación y vocación son conservadores.

Los extranjeros a menudo critican que el norteamericano da especial importancia al aspecto cuantitativo de la vida, con preferencia al cualitativo, que, efectivamente, prefiere hacer todo en gran escala, en un mínimo de tiempo y con un máximo de eficacia; que, por lo tanto, ha mecanizado y normalizado la vida, descuidando los valores espirituales. En esta crítica hay mucho de verdad, aunque se hace caso omiso del papel que la realidad geográfica ha desempeñado en nuestra historia. El crítico que así opine, no reconoce cabalmente que los Estados Unidos son tan grandes como todos los países de Europa al Oeste de Rusia y que su población es mayor que la de todo el resto del hemisferio Occidental. No nota tampoco la extensión de las tierras fértiles, las grandes riquezas mineras, la variedad de clima y, por consiguiente, la diversidad de mercados, la gran extensión y el carácter de la costa. En esta república rige un solo gobierno, una sola lengua se habla, un solo sistema de derecho impera. Todo contribuye a la acción en gran escala. Además, estos páramos desiertos fueron poblados y estas grandes riquezas fueron desarrolladas por vigorosos roturadores, que forzosamente tuvieron que desenvolverse en primer lugar la base natural de la vida, no teniendo sino escaso tiempo y energía para sus refinamientos. Main Street, La Calle Principal, que describe Sinclair Lewis, existe en todo pueblo y hay Babbits diseminados con abundancia por todos los Estados Unidos. Sin embargo, existe también cierto heroísmo conmovedor entre los moradores de Main Street, que sosegadamente se afanan por realizar, a pesar de difíciles obstáculos, los ideales más nobles y puros de la vida. Indudablemente existe la normalización en mayor grado que en los países europeos, cuyas distintas regiones poseen una tradición de centenares de años. El fenómeno de la normalización podría explicarse en gran parte por la rápida y reciente expansión de los Estados Unidos. Y al aumentar la estabilización de la vida, la diversidad que rápidamente se desenvuelve ha de manifestarse en mayor grado.

A pesar de la enorme inmigración a los Estados Unidos, pro-

cedentes de todos los países de Europa, nuestra cultura es fundamentalmente anglosajona y anglosajona del tipo puritano. El puritano siempre ha tomado la vida en serio, dando importancia a sus deberes y obligaciones y menospreciando sus atractivos y placeres. Además, como el judío, se ha considerado el elegido del Señor y ha tenido fe en su misión de difundir su concepto de la vida. Antes que vinieran los millones de inmigrantes de Europa, el sobrante de los habitantes de la costa atlántica se extendieron a través del continente, llevando consigo el concepto puritano de la vida.

La civilización y la cultura de los Estados Unidos debe mucho a las aportaciones de la inmigración reciente. Esta trajo, entre otras cosas, la música y el amor de lo bello. Mas también trajo modos de vida muy otros del de los puritanos, permitiendo mayor libertad individual. Y de esto ha resultado un conflicto que ha efectuado grandes cambios en la actitud del americano nativo frente a la vida. Estos cambios se acentuaron con el movimiento de la población hacia las grandes ciudades, el cual ha afectado profundamente la vida familiar. Por necesidad económica, la gente se ha visto obligada a vivir en departamentos que no permiten, ni el tener familias numerosas ni el que los hijos adultos, especialmente los casados, convivan en el hogar paterno. Además, los jóvenes norteamericanos de ambos sexos no vacilan en abandonar el hogar y la comunidad en que se criaron para mejorar de situación en otra parte. Y es de añadir que la vida en las grandes ciudades ofrece muchos atractivos que compiten con los del hogar. Por último, el trastorno general de ideas y de prácticas que ha resultado de la Guerra Mundial se ha sumado a estas otras tendencias, dando a la cultura americana un estado de fluidez muy diferente de la vida normalizada que muchos extranjeros consideran su característica principal. Las antiguas ideas y actitudes hallan todavía fuerte reducto en las regiones rurales y en los pueblos, mas la radiotelefonía y el cine operan en la actualidad ciertos cambios en ellos.

La mayor libertad de la vida, que he mencionado, se observa principalmente entre las mujeres. En la actualidad las mujeres norteamericanas se dedican a casi todas las ocupaciones de los hombres que no requieren solamente fuerza corporal. Esto sig-



nifica mayor libertad y mayor igualdad entre los sexos. ¿Obedece, a esto también el indudable incremento del divorcio, la disminución de la autoridad paterna sobre los hijos y la desintegración de los vínculos de familia, que, según algunos moralistas, se observan en la actualidad? He aquí una interesante especulación de que no puedo ocuparme por falta de tiempo. Por otra parte, las innumerables invenciones para ahorrar trabajo en los quehaceres domésticos permiten que la mujer disponga de más tiempo que anteriormente. Y si bien algunas lo aplican en diversiones frívolas, la mayor parte lo emplean en educarse, en perfeccionarse y en obras de reforma social. Habiendo obtenido el voto en igualdad de circunstancias con el hombre, la mujer ha ejercido mayor influencia en la vida pública y, por lo general, ha sabido dirigirla hacia fines constructivos y sensatos. Seria y celosa en su anhelo de mejorar la condición del prójimo, trata de emplear casi todos los medios y agencias para ese fin inmediato. La mujer ha tenido gran influencia, acentuando el aspecto humano en distinción del sobrenatural, de la religión cristiana en las sectas protestantes. "La fé sin las obras está muerta" ha dicho Santiago. Y el énfasis que se da a las obras en los Estados Unidos ha sido tal, que hay peligro que desaparezca la fé. Ciertamente lo sobrenatural y lo milagroso desempeñan un papel decreciente en la vida actual del cristianismo protestante de los Estados Unidos.

A pesar de los cambios en la estructura social de los Estados Unidos, que han dado por resultado una diferenciación mayor de las clases sociales, el antiguo ideal de la igualdad de oportunidades ha persistido. Esto ha redundado en la organización de un sistema educativo en el cual el niño de ambos sexos puede elevarse libremente en la escala educativa, desde la escuela de párvulos hasta la universidad, llegando al peldaño que su capacidad natural le permita sin encontrar los obstáculos de familia, fortuna, y posición social que han desempeñado un importante papel en los sistemas educativos de las naciones europeas. Esto, en una civilización dinámica y fluida como la nuestra, es de gran importancia aún en el desarrollo del talento individual. Indudablemente, la riqueza material desempeña un papel más importante que el de épocas anteriores en nuestra vida social y esto ha venido a recalcar el esnobismo, la fachenda, que parece ser casi inherente

en el género humano, mas no impide que el individuo competente o el de genio creador, sea acogido en el mundo social a base de su mérito. Por otra parte, siempre se ha asociado la fortuna en los Estados Unidos con el ideal de la filantropía en grado mayor del que es común en los países europeos. La acumulación de la riqueza ha ido aparejada con el establecimiento de universidades, bibliotecas, museos de bellas artes, orquestas sinfónicas y otras instituciones culturales que contribuyen a crear una vida espiritual más refinada de lo que fué en el siglo diecinueve.

Se han creado nuevas formas de arquitectura, que se reconocen como verdaderas aportaciones. No obstante la difusión del jazz, se ha depurado el gusto musical y el renovado interés en los cantos de los negros y en las tonadas de los indios podrá contribuir el material necesario para la formación de un arte musical propio nuestro. Una literatura de crítica nos ha hecho comprender nuestras deficiencias, que abundan, en el campo intelectual, cultural y del espíritu; y en la actualidad, los críticos afrontan la realidad valerosamente. Los norteamericanos han adquirido la conciencia de sí mismos y la Europa ha comprendido recientemente que una nueva cultura se ha desenvuelto aquende el Atlántico, la cual no es la dependencia provinciana de la cultura inglesa que la Europa creía. Los norteamericanos también han comprendido en gran parte la necesidad de la colaboración internacional en un mundo que continuamente se estrecha y la rápida difusión del interés por los asuntos del extranjero es uno de los fenómenos más notables de nuestra vida nacional.

Difícil sería vaticinar, lo que será la cultura de los Estados Unidos aun dentro de una generación. Hoy en día es el país más rico, más poderoso y más influyente del mundo. Y en gran parte da la pauta a la humanidad. Si hay alguna virtud que deba desarrollar la conciencia de tal responsabilidad es la de la humildad, virtud, que, desgraciadamente, no poseemos en alto grado. Dios quiera que ella aumente con el transcurso de los tiempos.